

bre todo a la juventud de Euskadi, para que conociese lo que había hecho la generación de 1936 y continuase su labor en la construcción nacional de Euskadi. “Landaburu ha europeizado el vasquismo”, afirmó el dirigente de ANV *Tellagorri* (José Olivares Larrondo) en la reseña de su libro publicada en *Euzko Deya* de París (1-6-1958). “Las tesis recogidas anticipan los términos de lo que había de ser el programa del Partido Nacionalista Vasco 21 años después” (aprobado en la Asamblea de Iruña en 1977), según escribió Manuel Irujo en su prólogo a la tercera edición de *La causa del pueblo vasco* (Bilbao, 1977).

La profesora Arrieta ha llevado a cabo su proyecto biográfico de Javier Landaburu con este libro, muy bien escrito y documentado con numerosas fuentes, entre las cuales destaca la rica y copiosa correspondencia de él y de otros muchos políticos, conservada principalmente en el Archivo Histórico de Euskadi y en el Archivo del Nacionalismo Vasco, sitos en Bilbao. No es sencillo el trabajo de analizar tantas fuentes e integrarlas en una narración histórica coherente y ella lo ha logrado. Tiene experiencia en el “oficio de historiador”, del que trata el profesor Santos Juliá en su libro *Elogio de Historia en tiempo de Memoria* (2011): “No hay historiador que no sienta una pasión por los hechos del pasado (...) no hay

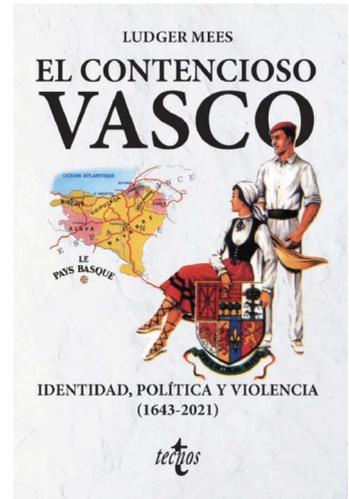
historia si no hay pasión por el pasado: ésa es la marca de nuestra identidad, la que diferencia éste de cualquier otro oficio”. Leyre Arrieta tiene pasión por el pasado y capacidad suficiente para seguir haciendo contribuciones relevantes a la historiografía vasca del siglo XX.

José Luis DE LA  
GRANJA SAINZ

***El contencioso vasco. Identidad, política y violencia (1643-2021)***

Ludger Mees

Madrid, Tecnos, 2021, 386 pp.



No descubro nada nuevo al afirmar que el profesor Ludger Mees es uno de los historiadores contemporaneístas más fructíferos de la historiografía vasca, habiendo publicado numerosos estudios sobre dos temas, en principio, bien distintos. Por un lado, sobre la historia social del vino en Álava, Navarra y La Rioja. Y, por otro, sobre el nacionalismo vasco, su área de estudio más conocida, sin duda, y en la que lleva investigando durante décadas, con numerosos trabajos publicados también en inglés y en alemán, lo que le convierte, sin duda, en un historiador de renombre internacional.

De hecho, el libro que ahora se presenta es una versión en español y ampliada de su obra *The Basque Contention. Ethnicity, Politics, Violence* (London & New York, 2020).

Para empezar, hay dos aspectos que cabe subrayar. Lo primero es el contexto en el que el libro está escrito, después de que en 2018 la banda terrorista ETA anunciara su disolución y pusiera fin a décadas de muerte, extorsión y destrucción. El dato no es baladí porque recorrer todo el espíritu de la obra. Habida cuenta de que ETA ha sido el actor más importante de la vida política, económica, social y cultural del País Vasco de las últimas décadas, el lector comprenderá fácilmente la trascendencia de su desaparición. El impacto que el terrorismo etarra ha tenido en la sociedad vasca en particular y en la española en general ha sido determinante, habiendo condicionado directamente la existencia de centenares de miles de personas. No en vano, hasta hace poco, hablar de Euskadi era sinónimo de hablar de atentados, terrorismo, extorsión, etc. Afortunadamente, con el entierro del hacha y de la serpiente, sus macabros símbolos, la sociedad vasca ha iniciado una senda de normalización aún muy lejos de ser tal. El odio político, la violencia y la intimidación no han desaparecido del todo, cuando su actual brazo político, Sortu, sigue sin condenar a ETA. Como bien señala el autor, la acción terrorista (y también contra-terrorista)

ha envenenado el debate académico de las últimas décadas. Ahora se abre una ventana de oportunidad para fijar dicho debate en sus justos términos y es precisamente lo que pretende Ludger Mees con este trabajo. Lo expresa bien en la página 21: “el principal objetivo de este libro [es] aprovechar este nuevo contexto favorable para ofrecer un relato multifacético del problema vasco desde sus orígenes hasta nuestros días, que sea a la vez convincente e intelectualmente satisfactorio”.

Y de ahí el segundo aspecto a tener en cuenta: el título. Es un título que abarca dos aspectos. De un lado, el término contencioso, concebido como un concepto que va más allá de la violencia política propiamente dicha para insertar su análisis en el campo cognitivo más amplio de los estudios del proceso político y de los movimientos sociales. Es decir, se parte de la idea de que, con independencia del terrorismo de ETA, ha habido una petición vasca de autogobierno anterior a la organización terrorista, de suerte que es preciso analizar esa demanda al calor de las propuestas conceptuales esgrimidas por la sociología histórica, representada por autores como Ch. Tilly, D. McAdam o S. Tarrow, de los que bebe Mees para ofrecernos un relato intelectualmente sólido. De otro lado, la cronología, 1643-2021. Es decir, se trata de un análisis en el largo plazo, aunque, si bien es verdad, el texto se centra, funda-

mentalmente, en un período histórico más breve: desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, lo que no impide que ya en la Edad Moderna y primeras décadas de aquella centuria se hablase del particularismo vasco, con posiciones incluso algo radicales, como la del padre Larramendi, curiosamente apenas recogidas en este volumen.

Dicho esto, el libro parte de cuatro hipótesis que, a lo largo de sus páginas, el autor trata de dar respuesta. No de una manera directa, pero sí presente a lo largo de todo el texto. Y no lo hace de manera directa porque la obra se estructura de forma cronológica, es decir, manteniendo el relato histórico clásico. Así, las cuatro hipótesis serían las siguientes, a saber. 1) el contencioso vasco no es el resultado de la fundación de ETA. En efecto, como ya se ha dicho en el título, sería previo. Cosa bien distinta es que ese contencioso tuviera que derivar necesariamente en violencia terrorista, como interpretaron algunos con las funestas consecuencias ya mencionadas. 2) El nacionalismo vasco, como uno de los actores centrales de este contencioso, no surgió de la nada, con los postulados de Sabino Arana. De hecho, hay un largo periodo de incubación, representado por ese particularismo que bien supieron ver ciertos viajeros. Aunque aquí también conviene ser bastante críticos con algunos de esos escritos, pues muchas veces tomaban

la parte (las provincias marítimas) por el todo. En cualquier caso, es cierto que la foralidad, por ejemplo, acentuó considerablemente ese particularismo, tal como lo ha estudiado Coro Rubio. 3) Desde sus inicios, el nacionalismo vasco se esforzó por combinar el protagonismo de la política de partido con la movilización social. Y 4) El nacionalismo comparte un rasgo con los otros movimientos modernos, cual es su gran heterogeneidad interna, así como la competencia entre sus sectores o corrientes internas. Justamente, el nacionalismo vasco permaneció unido muy poco tiempo y ha sido objeto de continuas escisiones a lo largo de su historia, como bien se analiza en este libro, con facciones más institucionales y otras menos, con prácticas estrictamente políticas y otras con el recurso a la violencia. De suerte que sólo un análisis como el aquí propuesto, que observa el nacionalismo vasco en toda su complejidad, facilita una visión más realista de la espinosa construcción del contencioso vasco. Un contencioso, por otro lado, en el que hay vascos en el que no se reconocen y a los que normalmente no se les presta la atención debida. Mees lo menciona, pero tampoco profundiza en ello. Posiblemente porque en el pensado término contencioso se engloban la gran mayoría de las ofertas político-institucionales existentes: desde las más conservadoras hasta las más rupturistas.

Partiendo de un análisis crítico de la historiografía que se ha centrado en la *nation building*, el autor llega a la conclusión de que, en un contexto de declive y crisis en la España de finales del siglo XIX, en algunas regiones de la periferia, especialmente en Cataluña y el País Vasco (primeras regiones en industrializarse, por otro lado), los débiles lazos de identificación y solidaridad con el proyecto nacional español pasaron por un proceso de creciente tensión, alimentado por discursos nacionales alternativos. Éste fue precisamente el escenario en el que se vigorizó el contencioso vasco. Aunque habría que decir que, de la misma manera, fue también el mismo escenario del fortalecimiento de un nacionalismo español protagonizado por las élites políticas de la Restauración, por un lado, y por la izquierda socialista, por otro. Aspecto en el que, sin embargo, Mees apenas incide. Lo que nos lleva una vez más a la pluralidad de lo vasco, como él mismo admite, de forma que en la misma comunidad han convivido desde principios del siglo XX, como señalaran en su momento autores como Juan Pablo Fusi o Fernando García de Cortázar, diferentes sensibilidades políticas, de suerte que el contencioso, como decíamos antes, se puede entender en distintas direcciones. Es verdad que el autor se ha centrado, sobre todo, en el nacionalismo, pero sin ser ajeno a esa realidad.

Así se deriva de la lectura de los diferentes capítulos en los que se articula el libro.

Un libro, en conclusión, que, como se ha dicho, responde a una etapa nueva. No sólo de la política vasca, sino también del debate académico, que, presumo, debería ser más sosegado en la medida en que ETA ha desaparecido por fin y sus secuaces ya no cuentan con el Gran Hermano para dar un escarmiento al disidente. Es una obra intelectualmente honesta y de altos vuelos, que pone a la historiografía vasca a la altura de la historiografía internacional. Pero, además, es una obra optimista, en tanto en cuanto la desaparición de la banda terrorista ha supuesto el comienzo del fin de la asfixia intelectual a la que nos tenía sometidos. En definitiva, es un libro imprescindible para conocer mejor no sólo la historia del País Vasco, sino también de España.

Carlos LARRINAGA